

LECTURAS

Nº 10 En este número:
COX-CITY, CUENTO
Por
Guillaume Apollinaire



HONORIO

Y OTRA VEZ AUTORES Y CRITICOS...

Habíamos decidido no seguir adelante con lo de autores y críticos, que durante algunas semanas fué el comentario obligado en todos los círculos literarios de Santiago... Pero algunos escritores a quienes solicitamos su opinión nos han enviado ésta recién. Tan interesantes son y tantas lucés agregan al problema, que no podemos resistir a los deseos de que nuestros lectores las conozcan.

El literato español residente entre nosotros, José María Souvirón, y los escritores chilenos Juan Espinoza, Luis Durand y Guillermo Koenenkampf son quienes esta vez se refieren a los críticos, ya para alabarlos, ya para castigarlos.

AL MARGEN DE LA CRITICA, POR JOSE MARIA SOUVIRON.

Al margen, es decir, en los bordes blancos que deja la imprenta. Después de guillotinar el libro — o el periódico — quedan sueltos unos cuantos recuadros, garrapateados con lápiz. Los copio a máquina, reuniéndolos.

También se nace crítico. Es inútil quererlo ser, si no hay *madera*. "Quod natura non dat, Salamanca non præstat"...

Algunos críticos creen, como la sobrina del Quijote, que la poesía es *una enfermedad incurable y pegadiza*. Precisamente lo contagioso es lo que no es poesía. De esta manera, se pasan el tiempo comparando. José Bergamín decía que ciertos críticos, como las personas insulsas en los bautizos, no encuentran más que parecidos.

Lo que el crítico te diga que está mal, procura otra vez hacerlo bien. Lo que te diga que está bien, deséchalo. No sirve para nada.

Fulano ha leído ayer que Góngora existió. Hoy recibe un libro de poesía, que le es difícil. Lo mira ligeramente. Mañana dice: Este poeta se parece a Góngora.

No le digáis al escritor lo que ha dejado de hacer. Eso lo sabe él de más. Lo ha dejado exprofeso y vosotros venís a advertírselo.

Existe un acto fallido, muy interesante al psicoanálisis, en ciertas críticas. Consiste en decir: "Sobre la obra de tal escritor no podemos añadir nada, porque no conocemos..." Como si fuera cuestión de añadir!

A la vista de un cuadro cubista de Picasso: "¡Pero si eso lo hago yo mejor!" No, señor, no lo haría mejor ahora. Y si se pusiera a hacerlo mejor, estudiando, trabajando, llegaría usted a ser un gran pintor, sencillamente.

Para depurar una literatura, antes de decir que todo está mal, es necesario ver si está bien la manera de decir que todo está mal.

Como todo el mundo dice ya que Strawinski es bueno, también lo dirá ese crítico. Pero si tocáis una obra de Strawinski, bajo una equivocación del programa, atribuyéndola a un músico joven, ese crítico dirá que el muchacho promete, pero que todavía necesita trabajar mucho.

Hay críticos que retrasan su reloj todas las mañanas y no cortan las hojas del almanaque, creyendo que por eso van a entender mejor la nueva poesía. Ilusiones.

De Jean Cocteau: "No envío este libro a los críticos, para no hacerles perder, descifrando enigmas, el tiempo que tienen que dedicar a otras cosas".

Si en los pequeños anuncios se pusiera un día: *Hace falta un crítico*, habría que cerrar a la mañana siguiente las puertas del diario, para contener la avalancha. Y conste que yo estaría entre la multitud.

El truco ese de responder, como una cocinera a quien se le dice que está mal condimentado un plato: "Hágalo usted mejor" no cae dentro de la crítica. Por la sencilla razón de que no es un profesionalismo exclusi-

vamente. Así, los mejores críticos de poesía en Francia son dos poetas: Valery y Cassou. Si Sainte-Beuve no hubiera escrito las obras que escribió, a parte de la crítica diaria, no hubiera tenido derecho a decir lo que dijo.

El tono más reventante del crítico es el tono paternal. Y mucho más cuando le vemos diariamente con el abecedario bajo el brazo.

Tipos de críticos: a) *Tragalibros*: Una lista desmesurada de los pies de imprenta, amalgama de fechas. No le preguntéis por el alma de ningún libro; sólo conoce el cuerpo, el tamaño de la letra. b) *Comadre*: Se introduce en la vida privada, en la salud, en el color del traje del escritor y deduce que con zapatos anchos de punta no se pueden escribir ensayos de sociología. c) *Zoilo, fils*: Como tiene una telaraña delante de los ojos, cree que todos los libros son telarañas. d) *El buen crítico*: Rarísimo y difícil sér de la escala, que se encuentra contadísimas veces, generalmente agobiado parasitariamente por los anteriores.

El buen crítico sabe siempre lo que tiene entre manos. El mal crítico no sabe nunca dónde tiene las manos.

Adivinanza: "Niego el derecho de hacer lo que yo no puedo hacer, — y sólo creo que es legible lo que yo puedo leer". (La solución mañana).

Cuando Diógenes salió con su linterna, lo que buscaba era un crítico.

JANUARIO ESPINOZA DEFINE A LOS CRÍTICOS CHILENOS.

Yo no veo por qué se ha de atacar a los críticos. Su utilidad es innegable. Desempeñan cerca de nosotros, gentes de esta tierra, el mismo papel que pedía el obispo español a Gil Blas de Santillana: hacernos una seña si incurrimos en debilidades, si el numen nos flaquea. Cierto es que algunos escritores se enojan, como se enojaba Su Señoría Ilustrísima; pero esto pasa pronto.

He visto que se dan como un ejemplo los juicios literarios que emite Roberto Meza Fuentes. Sólo que éste, poeta ante todo, y siempre lleno de una bondad evangélica, dictamina sobre los libros ajenos a través del Sermón de la Montaña. Mil veces preferibles resultan, en mi concepto, las críticas a través de Renan o de Proust, porque ellas son como un papirotazo para que nosotros los escritores recordemos la sentencia imperativa de Tales de Mileto: "Conócete a tí mismo". Conviene que alguien nos baje de la cumbre a donde nos suelen llevar nuestros sueños.

¡Cuán encantadora me parece la humildad de González Vera cuando dice: "Aquí me han alabado mucho, pero fuera del país no me conoce nadie". Necesario es ya que comprendamos nuestra desmedrada situación en América. Ningún libro chileno ha tenido resonancia en el Continente: sólo se nos cree buenos para hacer Historias o para vender salitre.

En este sentido, para abrirnos los ojos a la realidad cruda, son muy útiles los juicios diluidos en ácido sulfúrico. De ahí mi viva simpatía por

(Sigue a la vuelta)

LO QUE HA DICHO LA CRÍTICA DEL LIBRO "CUENTOS DE MI TIO VENTURA", POR ERNESTO MONTENEGRO.

"Montenegro probablemente no ha perseguido nada. Ha escrito porque le gustaba escribir y para recordar a su tío Ventura, el buen viejo ciego de ojos azules "como mezcilla muy lavada". Y el alma popular, sintiendo un regazo cariñoso, sin soberbia, sin énfasis, sin literatura, acudió como un buen pajarito silvestre y ha entonado una corta canción.

"Es preciso oírse la".

(Alone. "La Nación", Santiago, 5 de febrero de 1933).

"Estos relatos folklóricos, me apresuro a decirlo, son excelentes. El autor ha tenido el buen tino de no revisar ninguna de las producciones folklóricas recogidas, a fin de evitar interferencias extrañas. No ha hecho nada más que retener lo que en ciertas regiones de Los Andes — su pueblo natal — el pueblo humilde cuenta en las largas veladas".

Raúl Silva Castro. "El Mercurio", Santiago, 5 de febrero de 1933).

"A todos ha sorprendido el libro de cuentos de Ernesto Montenegro. Pues este periodista que tiene un talento tan firme y un estilo tan diáfano, toda la vida ha pasado por entre el hervor de las ambiciones ajenas, completamente olvidado de sí mismo".

(Daniel de la Vega, "Las Últimas Noticias", Santiago, 7 de febrero de 1933).

Hernán Díaz Arrieta. Se dice que es injusto, que va del dítirambo a la burla, que no sabe colocarse en el término medio. Es posible; pero escribe bien y sirve esos guisos diestramente condimentados, con sal, ají y especias, que el gran público reclama. Así nos entretiene. ¿Qué se empeña en negar a Mariano Latorre? Ello le hace muy poca mella al autor de "Zurzulita", pues Mariano, más feliz que Alah, es proclamado por varios profetas: Manuel Vega, Ricardo A. Latcham, Domingo Melfi. Agréguese a Lidro Telices, voz cantante en el corrillo literario de la calle Huérfanos.

Es verdad que Alone no suele leer enteramente los libros que juzga. Se le reprochan también sus humos aristocráticos y que ande viendo un bolchevique en cada Melfi. ¡Plumas de la cola! Es menester que haya alguna diferencia entre un crítico y un arcángel.

A Raúl Silva le enrostran el pecado de petulancia. Simple cuestión de vocablos: se llama así a lo que no es sino primitiva franqueza, el odio a los eufemismos. Es un escritor que sigue a la letra lo aconsejado por Emerson: "Sostiene en términos enérgicos tu opinión de hoy, aunque sea lo contrario de tu opinión de ayer". Está seguro de lo que dice, y no tiene por qué andar con timideces y rodeos. Huye sobre todo de la hipocresía y del disimulo, y esto basta para que mucho le deba ser perdonado.

Melfi, con su "estilo flotante", realiza esfuerzos heroicos para mantenerse en equilibrio. Nadie creería que su sangre es italiana. Su serenidad es nórdica; sus fallos nacen de un severo estudio. ¿Cómo negar que ha tomado su papel a lo serio?

Recluído por la pobreza en San Bernardo, gracias a mi general Ibáñez, y, en consecuencia, más cerca que nunca de San Francisco, creo haber alcanzado también esa admirable y fría ecuanimidad melfiana, para insinuar una opinión desapasionada respecto a los críticos. Pienso, pues, en resumen, que si uno de estos jueces literarios nos concede la gracia de un vapuleo, no tenemos por qué vestir de luto. Por el contrario, debemos enviarles una carta de agradecimiento. ¡Y es que ni ellos mismos se dan cuenta de todo el bien que nos hacen!



LAS OPINIONES DE LA CRITICA NO DEBEN INQUIETAR AL ESCRITOR, DICE LUIS DURAND.

Pienso que la crítica literaria, es necesaria y provechosa para el escritor, pero hasta cierto límite. Me refiero a la crítica hecha con altura de miras, desposeída de toda influencia personalista para emitir sus juicios, y ajena por completo al grado de simpatía que el crítico sienta por el autor. Estimo que dentro del reducido ambiente literario nuestro, esa crítica no existe. Creo además que está perdido el escritor que piensa que su personalidad literaria, depende en forma absoluta, de lo que la crítica diga de su obra. Si tal hiciere, le ocurriría lo que a aquellos aldeanos, del conocido cuento, que llevaban un burro a la ciudad, y quisieron darle gusto a todos los que encontraban al paso, y

les indicaban la manera de conducirlo.

Creo que debemos aceptarla como un reactivo contra algunos vicios o defectos, pero sin permitir jamás que falsee nuestro temperamento. No por las pullas de Saint-Beuve, Hugo fué menos grande. Es esta una contienda que al final la decide el público y la posteridad.

Puede decirse que en nuestra capital, la crítica está reducida a tres personas, que han hecho profesión de ella. Una de éstas, de gran talento, y vasta cultura, agudo y finamente gracioso, a veces; es desgraciadamente versátil y caprichoso como esas señoritas en estado de merecer a quienes asedian muchos pretendientes. Otro de ellos, estudioso, constante y dedicado con entusiasmo a estas materias, es demasiado seco. Se me figura un leñador, que de súbito hace de jardinero, y en vez de usar las tijeras y la azada, emplea el hacha montañesa. Finalmente, el tercero, sin que esto signifique categorías, es culto, inteligente, y personalmente amable y dulzón como esos confites que vienen en muchos papeles bonitos y al gustarlos son desabridos. Poco constante en su labor, su crítica es epidérmica y se deja llevar en exceso por sus simpatías o antipatías personales.

Creo que a pesar de lo dicho las opiniones de estos caballeros, son respetables. Pero no deben inquietarnos demasiado. Debemos luchar por crear en cada uno de nosotros la auto-crítica y contestarles cada vez con un nuevo libro.



EN CHILE HAY UNA
"CRITICA DE QUI-
TA Y PON", ESTIMA
GUILLERMO KOE-
NENKAMPF.

Hay, primero, una crítica intuitiva, que conoce por simpatía. Tiene un poder de síntesis.

Hay después una crítica de sistema, analítica; la crí-

tica propiamente dicha. Aún cuando no la aliente ninguna intención predeterminada, sus juicios son casi siempre justos, de una justicia pitagórica.

Aquí en Chile no existe ninguna de estas dos críticas. Hay una crítica de quita y pón, con asomos de la primera y resabios de la última; que carece de la "videncia" de la una y de la evidencia

de la otra; y... de la honradez de ambas. Porque, en la crítica como en todo, debe haber un principio de moral ineluctable. Es la garantía que debe ofrecer al artista, el crítico, por la belleza que le exige. Por esto, los críticos deben ser como ministros de fe. Pero aquí nadie tiene fe en estos ministros...



PABLO
NERUDA

reune sus más hermosos
poemas en el libro que
acaba de publicar
Empresa Letras,

el hondero entusiasta

y que representa "la
época más brillante
del poeta

PRECIO
\$ 3.—